

JÜRGEN SCHADEBERG

# TAL COMO YO LO VEO

*Memoria autobiográfica*



**Editorial**  
Universitat Politècnica  
de València

TAL COMO YO LO VEO



JÜRGEN SCHADEBERG

TAL COMO  
YO LO VEO

*Memoria autobiográfica*



**Editorial**

Universitat Politècnica  
de València



*En memoria de Henry Nxumalo, intrépido y gran periodista con el que tuve el privilegio de trabajar.*

*Este libro también se lo dedico a mi mujer, a la par que socia, Claudia, sin quien esta autobiografía no hubiera sido posible.*

*Título original: The Way I See It.*  
© Jürgen Schadeberg  
© 2017 Editorial Pan Macmillan

Traducción al español por Mariola Serna Sais  
© 2019, Editorial Universitat Politècnica de València  
Venta: [www.lalibreria.upv.es](http://www.lalibreria.upv.es) / Ref.:0414\_03\_01\_01

Imprime: Byprint Percom, S. L.

ISBN: 978-84-9048-834-8  
DL V-932-2020

La Editorial UPV autoriza la reproducción, traducción y difusión parcial de la presente publicación con fines científicos, educativos y de investigación que no sean comerciales ni de lucro, siempre que se identifique y se reconozca debidamente a la Editorial UPV, la publicación y los autores. La autorización para reproducir, difundir o traducir el presente estudio, o compilar o crear obras derivadas del mismo en cualquier forma, con fines comerciales/lucrativos o sin ánimo de lucro, deberá solicitarse por escrito al correo [edicion@editorial.upv.es](mailto:edicion@editorial.upv.es)

Impreso en España

# CONTENIDOS

## **Alemania 1941-1950**

- 1 Lento descenso a los infiernos 5
- 2 Sobreviviendo al apocalipsis 30
- 3 De entre las cenizas 52
- 4 Hamburgo 62

## **Sudáfrica en blanco y negro**

- 5 “Solo para europeos” 79
- 6 La taberna de Killer 86
- 7 En busca de trabajo 91
- 8 Fotografiando los bóeres 101

## **Al ritmo del *Drum***

- 9 Trabajando con africanos 117
- 10 De camino al baile 128
- 11 “El señor Drum” 134
- 12 La asamblea del CNA de 1951 145
- 13 Bajo la nueva dirección 151
- 14 “¡Necesitamos más chavalas!” 163
- 15 Pumpy Naidoo y la Crimson League 172
- 16 Bethal 181
- 17 Un asesinato ritual y el derbi de Basutolandia 188



- 18 Detenido con Dolly 194
- 19 El día de la unidad 200
- 20 El sistema de pago en vino y una gentil anfitriona 211
- 21 Las historias de Killer 219
- 22 Demasiados Martinis 231
- 23 Entreacto, viaje en coche y regreso a Sophiatown 264
- 24 Un nuevo director y una pelea de gatas 275
- 25 A la iglesia con Bloke 301
- 26 Espías, mentiras y literatura 306
- 27 Sándwiches de pepino 319

### **Sudáfrica en negro y blanco**

- 28 Un nuevo objetivo, una nueva dirección 341
- 29 Aires de cambio, periodistas blancos y la patrulla fronteriza a camello 350
- 30 Eventos sociales y periódicos dominicales 362
- 31 Positivos y negativos 368

### **Europa**

- 32 Londres-Berlín-Londres 381
- 33 Andalucía 390

### **África a todo color**

- 34 Rezos al atardecer. De Senegal a Mali 399
- 35 Nescafé, leche condensada y sardinas en lata 407
- 36 “Bienvenido a Ghana” 418
- 37 Cumpleaños en Camerún, cerveza en Bangui 426
- 38 Guerra y paz. Zaire, Ruanda y Kenia 438

## **Reino Unido, Estados Unidos y Sudáfrica**

39 Cuando conocí a Claudia y mi paso por un taller glacial 459

40 “Un poco desastrado”. El archivo del *Drum* 468

41 Libros, películas y música 474

42 Robben Island y una nueva era 492

Epílogo 499

Porfolio reciente seleccionado 501

Agradecimientos 505

Alemania

1941-1950



*Refugio antiaéreo, 1942*



# 1

## LENTO DESCENSO A LOS INFIERNOS

En 1941 yo tenía 10 años y vivía con mi madre en un pequeño apartamento ubicado en una planta baja, junto a una tienda de Kurfürstendamm, uno de los barrios más modernos del centro de Berlín. Aquella gran avenida estaba repleta de restaurantes caros, tiendas de lujo y clubs nocturnos, y estaba enclavada en un área muy animada y con mucha vida, plagada de artistas, actores y escritores. Aquella también era la zona por la que los militares, ataviados con sus mejores uniformes, iban de paseo con sus novias.

En 1941, Alemania estaba en la cima del poder. El \*Blitzkrieg de 1940 había tenido mucho éxito y, para muchos alemanes, Hitler no podía hacer nada malo. En cambio, la mayoría de berlineses no sentían demasiado afecto por los nazis y consideraban a Hitler poco más que un advenedizo pretencioso y peligroso. Cínicos por naturaleza y más sofisticados que la mayoría de alemanes, los berlineses tradicionalmente habían simpatizado con el comunismo y con el socialismo, más que con el nacionalsocialismo de los nazis. La ciudad no era sede del poder de Hitler y, en privado, muchos berlineses se oponían al régimen hitleriano. Huelga decir que cualquier oposición manifiesta al sistema era impensable y habría sido brutalmente pisoteada de manera inmediata.

La realidad de la guerra apenas había golpeado Berlín en 1941. Aunque había habido algunos ataques aéreos, habían provocado muy pocos daños y habían sido desdeñados por mucha gente, que los tachaba de meros inconvenientes. La gente todavía iba a trabajar con normalidad y seguía habiendo colegio, como si no estuviéramos en guerra. Las calles estaban abarrotadas de gente comprando y en algunos restaurantes, como siempre, los camareros con guantes blancos seguían sirviendo los mejores vinos y unos platos espectaculares. Los teatros ganaban

mucho dinero, las salas de cine estaban llenas y los trenes y tranvías llegaban puntuales, como si no pasara nada.

La verdad es que a mí la guerra apenas me había afectado y mi madre vivía totalmente indiferente a lo que pasaba. Era una mujer llamativa. Le encantaban las fiestas y socializar con sus muchos amigos. Las noches las pasaba trabajando de actriz en el teatro, donde representaba pequeños papeles. Era la sirvienta que salía a escena para traer una carta en una bandeja de plata al actor principal. También actuaba en películas cuando podía, con papeles secundarios, como de telefonista, por ejemplo. Se tomaba muy en serio su profesión y siempre estaba posando para hacerse fotos. Vestía con mucho glamour, tal y como se esperaba de una futura estrella. Se llamaba Rosemarie, aunque la mayoría de sus amigos la llamaba Rosie.

Aunque vivíamos en el Ku'damm, nuestro piso era modesto. Estaba adosado a una autoescuela, aunque la puerta que comunicaba ambos locales siempre estaba cerrada con llave. En la habitación principal había una mesa junto a una ventana que miraba al \*hinterhof o patio de atrás. La superficie de la mesa era de cristal y encima de ella había una jaula colgando: el hogar de Peter, nuestro periquito blanco que, cuando la ventana estaba cerrada, podía volar libremente por toda la habitación. Mi madre llevaba siempre las uñas muy largas y pintadas de rojo y, de vez en cuando, golpeaba con dos dedos el cristal de la mesa y los paseaba por encima de ella. Peter la seguía. Hinchaba las plumas y caminaba rígido, estirando sus piernas como si fuera un ganso, erguido, arriba y abajo.

–Ven aquí, Peter, pequeñín –le susurraba mi madre. Y después le hacía un ruidito con los labios.

A veces, Peter volaba, se posaba en el hombro de mi madre y se daban besitos el uno al otro.

Teníamos un teléfono en el apartamento y mi madre se pasaba horas hablando con sus amigos, especialmente con su amiga Anita. Cuando hablaban, yo no prestaba demasiada atención, ya que normalmente estaba absorto en algún libro, pero puntualmente se me quedaban grabadas palabras como “erotismo” u “hombre”. Aquellas palabras parecía que a mi madre le interesaban mucho y, a veces, cuando yo estaba delante, bajaba la voz hasta convertirla en un susurro conspiratorio para que yo no pudiera oír lo que estaba diciendo. A veces, Anita venía a visitarnos. Siempre, sin excepción, estaba triste y deprimida, y hablaba con los ojos entrecerrados. A menudo, como a mi madre le gustaban las ciencias

ocultas, se sentaban en una mesa una enfrente de la otra. Mi madre sacaba una baraja de cartas y las disponía sobre la mesa cara arriba, de manera muy teatral, una a una.

–Veo a una mujer muy oscura –dijo mi madre una vez mientras Anita la miraba, hipnotizada–. Es peligrosa y traicionera. Ándate con ojo.

–La conozco. ¡Tienes razón! –dijo Anita muy inquieta.

Mi madre la calmó y cogió otra carta. Cuando le dio la vuelta, era la dama de corazones.

–Está a punto de llegarte una carta de un admirador. Irá a verte pronto –le dijo.

Aquello hizo que Anita volviera a sonreír y que yo volviera a enfrascarme en mi libro.

Me encantaba leer y dedicaba mucho tiempo a los libros. Cada vez que tenía tiempo libre, me sumergía en alguno. Aún recuerdo el placer de descubrir a Tolstói y desaparecer en sus historias, la manera en la que hacía que me olvidara del mundo que me rodeaba, especialmente de los desvaríos de aquel hombre que hablaba a diario por la radio y al que todo el mundo llamaba “el Líder”. Yo no entendía lo que estaba pasando pero su voz era terrible y amenazadora. Estaba claro que aquel hombre estaba muy enfadado, y me asustaba.

El día de mi cumpleaños, un amigo de mi madre vino a vernos. Era muy alto y llevaba uniforme. Pensé que era un oficial del ejército o algo así. Se llamaba Klaus y nos trajo un montón de regalos de París: medias de seda y perfume para mi madre, y un par de patines de ruedas y chocolate para mí. Los patines eran muy modernos. Las plataformas tenía dos bandas de piel para ajustártelas a los zapatos, dos grandes ruedas cubiertas de goma en la parte de delante y una ruedecita pequeña en la parte de atrás. Me puse muy contento. No hacían tanto ruido como mis patines de hierro de cuatro ruedas.

Klaus también trajo una botella pequeña y gruesa que tenía un cuello muy alargado y llevaba escrito algo muy chic en francés. Mi madre y él se sentaron en el sofá cama a beberse en unos vasitos. Durante el día, la cama no parecía una cama sino más bien un sillón. Tenía una funda roja y muchos cojines de colores.

–Jürgen, ¿por qué no vas a probar los patines? Te ayudo a ponértelos –me dijo Klaus–. Todavía es de día. Te doy un marco y puedes ir tú solo a comprarte un helado.

Estaba encantado de poder desaparecer, así que dejé solos a Klaus y a mi madre.



Había dejado de llamar a mi madre “mamá” unas semanas antes de que viniera Klaus, tras una visita que le hicimos a un amigo suyo. Había conocido a aquel hombre en un tren cuando volvía de uno de sus muchos viajes por el país. Cuando entramos en su despacho de la fábrica donde trabajaba iba vestido con un traje muy elegante y llevaba uno de esos bigotes que yo les había visto a los actores de Hollywood.

–¡Hola, Rosie! –dijo mientras se levantaba de un enorme escritorio–. Me alegro mucho de verte. ¿Quién es este jovencito?

–Bueno –titubeó mi madre–, es mi hermano pequeño, Jürgen.

Pensé que no la había oído bien pero la miré y ella permaneció impassible.

–¿Cuántos años tienes, Jürgen? –me preguntó aquel hombre.

Antes de que yo pudiera contestar, se acercó a una estantería y cogió una caja grande. La colocó sobre el escritorio y sonrió.

–Sírvete –dijo sonriendo.

En frente de mí tenía la caja de bombones más grande que había visto nunca. Estuve en el despacho de aquel hombre durante lo que me parecieron horas mientras mi madre visitaba la fábrica con él. Y claro, me comí todos los bombones que pude. No paré ni cuando me empezó a doler el estómago.

A partir de aquel día, empecé a llamar a mi madre Rosie, tal y como hacía todo el mundo. Unas semanas después, me topé con su certificado de nacimiento y vi que, de forma muy chapucera, había cambiado su fecha de nacimiento, de 1905 a 1915. No me parecía muy convincente, ya que yo había nacido en 1931 y, según calculaba, aquello quería decir que si ella hubiera nacido en 1915 solo habría tenido 16 años cuando me tuvo. En el resto de sus papeles oficiales ponía que su fecha de nacimiento era 1915. Y aquel hombre parece que se creyó que yo era su hermano.

El régimen nazi controlaba cada aspecto de la vida de las personas. Unos días después de mi décimo cumpleaños, a mis compañeros de clase y a mí nos dieron un sobre que debíamos llevar a casa y entregar a nuestros padres. Contenía una orden oficial para que me presentara como recluta en el \*Jungvolk. Nos llamaban los \*pimpf. Debía presentarme al cabo de dos semanas, un domingo, en el patio del colegio. Todos los niños de entre 10 y 14 años, tal y como decía aquella carta de una sola página, tenían que unirse a la organización juvenil. Teníamos que ir todos los fines de semana. Luego explicaba un montón de cosas sobre el deber y

las obligaciones de todos los jóvenes para con el Líder, el pueblo y el país. Y aquel fue el principio de nuestro servicio obligatorio a la patria. La carta también incluía un listado de las piezas de las que debía componerse, de forma ineludible, nuestro uniforme: pantalones cortos negros, un palmo por encima de la rodilla, calcetines grises, camisa marrón, cinturón, tirantes, etc. Claramente, a mi madre no le hizo ninguna gracia, pero no me dijo nada directamente.

El domingo en cuestión, tal y como estaba previsto, me dirigí al patio del colegio con mi uniforme nuevo. Allí había 20 chicos o más vestidos de la misma forma. Algunos de ellos iban a clase conmigo. Nos quedamos de pie un rato, saludándonos, bastante nerviosos. De repente, un chico más mayor, de unos 13 años, se plantó en los escalones de la entrada del colegio y silbó muy fuerte. Nos indicó que nos juntáramos más y luego unió los talones, se puso firme y alzando el brazo derecho a la altura del hombro, con una voz bastante chillona, gritó:

–¡Heil, Hitler! Soy vuestro Hauptjungzugführer.

Luego procedió a darnos un discurso sobre nuestro deber en el Jungvolk y sobre los exámenes deportivos que teníamos que hacer: correr, salto de altura o salto de longitud. Habló sobre que éramos el futuro de Alemania y nos dijo que nos convertiríamos en soldados y que pertenecíamos al Führer. Habló de sangre y honor, lo cual eran conceptos bastante desconcertantes para la mayoría de chicos de 10 años como nosotros. Luego tuvimos que formar y nos enseñaron como ponernos firmes y movernos simultáneamente, en grupo. Teníamos que girarnos a la derecha, luego a la izquierda, marchar y parar todos a la vez. Y así estuvimos toda la tarde. Cuando por fin llegué a casa estaba agotado. Al domingo siguiente fuimos al bosque y jugamos a la guerra escondiéndonos un grupo de otro, lo cual fue bastante divertido, la verdad.

Al cabo de varias semanas aprendiendo a marchar y dándonos caza unos a otros en el bosque, de pronto un día nos llevaron a un sótano. Era una habitación alargada y con las paredes pintadas de un blanco muy reluciente. Había una mesa con bancos a ambos lados y nos dijeron que nos sentáramos. En las paredes había pósteres con un montón de eslóganes escritos y esvásticas. El Jungzugführer se sentó presidiendo la mesa. Una vez acomodados, nos leyó un texto muy largo sobre la vida de Adolf Hitler. Se suponía que teníamos que aprenderlo y memorizarlo. Nos dijo que el Líder le había declarado la guerra a la Unión Soviética porque los gobernantes de los judíos bolcheviques de Moscú querían

incendiar toda Alemania. Después de varios discursos muy aburridos sobre la vida primitiva de los bárbaros soviéticos, nos enseñaron algunas canciones para marchar. Solo pude memorizar la primera línea de una de ellas: “En el lago flotan cuerpos con el estómago rebanado y un cuchillo clavado en la garganta. La sangre sale disparada hacia el cielo”.

Era incapaz de recordar las canciones así que me dijeron que las escribiese.

Cuando llegué a casa aquella tarde, mi tía Doris se había pasado a tomar café. Doris era una mujer muy corpulenta que, más que hablar, bramaba. Cuando se reía a carcajadas, temblaba todo el piso.

–¿Cómo te ha ido el día en el bosque? –me preguntó mi madre.

–No hemos ido al bosque –le contesté–. Hoy hemos tenido que cantar.

–¡Qué bien! –dijo mi madre, mirando entusiasmada a tía Doris–. Siempre he querido que reciba lecciones de canto. ¿Lo ves? Después de todo, ese Jungvolk está haciendo algo válido con nuestros niños.

Mi tía me miró un poco recelosa.

–¿Qué has cantado? –me preguntó–. ¿Por qué no nos cantas algo?

–No, no me gustan las canciones –dije a regañadientes–. No me acuerdo de la letra.

–Venga, canta un poco –dijo mi tía.

Así que medio canté, medio recité las dos líneas sobre los cuerpos flotando en el lago y los cuchillos en la garganta. Hubo un silencio muy largo. Luego, mi tía se volvió hacia mi madre:

–Te lo dije –soltó muy indignada–. Esa gente es el demonio.

Luego, se volvió hacia mí y me dijo:

–¡No vas a volver allí nunca más!

Recuerdo que me puse muy contento al oír aquella frase, me fui a mi cuarto, me quité el uniforme y me puse a leer una de las historias de Tolstói. En realidad, mi cuarto no era una habitación. No cabía mucho más que la cama. Antes había sido una habitación pero la habían dividido en dos y habían metido un baño y una bañera en una de las mitades. Tan solo estaban separadas por una pared de madera muy fina y se oía todo. La puerta de mi cuarto daba a la cocina. Sin embargo, tener puerta me daba un poco de intimidación y me permitía estar solo para concentrarme en lo que estuviera leyendo en ese momento.

Al cabo de una semana, me dijeron que mi abuela iba a venir a Berlín y que iba a quedarse en casa de mi tía, así que una tarde, mi madre y yo cogimos el tranvía hacia la parte más céntrica del Ku'ddam y me bajé delante del edificio en el que vivía mi tía. Mi madre tenía prisa porque tenía que ir a un ensayo, así que se marchó corriendo antes de ver a mi abuela. Mucho después descubrí que mi madre y Grete, mi abuela, no se llevaban-+ bien.

Abrió la puerta un joven. Era mi primo Peter, que debía tener unos 20 años. Siempre iba muy pulcro. Se sentía superior y siempre me hacía sentir como si yo estuviera fuera de lugar. Me miró desde arriba y dijo:

–Aquí está el pequeño Jürgen, que viene a ver a su abuela.

El apartamento de mi tía era grande y en el comedor había una jaula enorme con un loro gris dentro. Siempre que entraba alguien en la habitación, el pájaro decía con voz chillona:

–Buenos días.

También sabía cantar:

–“Yo tenía un camarada. ¡Entre todos el mejor!”.

Era una antigua canción militar sobre un soldado al que habían matado en la guerra. Creo que se la enseñó Peter. A Peter le apasionaban los militares, cosa que no le gustaba nada a mi tía. Le di los buenos días al pájaro y seguí a Peter hasta la terraza, donde mi tía y mi abuela estaban sentadas tomando el \*kaffeeklatsch.

Era una tarde de otoño soleada. El brillo del sol se colaba a través de las hojas amarillentas de los abedules y los castaños, y los rayos de luz jugueteaban en la pared del balcón. Era una escena idílica. Todo relucía. La pared de la terraza estaba cubierta de margaritas de colores que sobresalían horizontalmente de los maceteros colgantes. Me senté al lado de mi abuela. Me hizo muchas preguntas sobre mi madre, cómo vivíamos y si teníamos suficiente comida. Me dijo que iba a llevarme a comprarme ropa nueva. También me preguntó si me gustaría pasar las vacaciones de verano con ella en Turingia pero no me gustó nada aquella idea porque mi madre me había dicho que vivir con la abuela era muy difícil. Mientras estaba ocupado comiendo pastelitos de semillas de amapola (mis favoritos), la oí quejarse a mi tía sobre su salud.

–Es el colon –decía–. No tengo suficientes glóbulos rojos. El hígado ya no me funciona bien y tengo que comer hígado crudo, fresco y triturado todos los días. Me duele el estómago a diario.

Justo entonces Peter salió a la terraza.

–Me voy a la reunión –anunció–. Te llevo a casa, Jürgen. Vamos.

Peter tenía un modelo nuevo de Volkswagen y no paraba de presumir.

–Es todo gracias al Líder –me dijo–. Nuestro Líder va a regalarle un coche a cada alemán. ¡Vamos a tener todos un Volkswagen! –gritó con tono orgulloso cuando ya se detenía delante de nuestro apartamento

Antes de que yo pudiera bajar del coche, me agarró y me dijo:

–Eres el futuro de la raza alemana y tienes que escuchar lo que dice el Líder.

Me alegré de poder volver a casa. Me parecía que Peter estaba un poco loco y mi tía me daba pena. Pero en un rato ya estaba otra vez leyendo un libro muy interesante que había cogido de la biblioteca: *Del águila bicéfala a la bandera roja*. El autor era el teniente general cosaco Krasnov y el libro trataba sobre la guerra civil rusa. Durante las siguientes semanas me sumergí en la historia de la revolución rusa. En aquella época, yo no era para nada consciente de que, desde la década de los 20, había muchos comunistas berlineses a los que habían encerrado en campos de concentración, que habían desaparecido o que habían muerto a manos de los nazis.

Una mañana llamaron estrepitosamente a la puerta de casa. Cuando abrí, me encontré de frente con un policía. A su lado, de uniforme, el Hauptjungzugführer.

–¿Por qué no te has presentado en el servicio? –me gritó el Hauptjungzugführer.

El policía miraba horrorizado cómo el Hauptjungzugführer me gritaba y le interrumpió con voz amable.

–Queremos hablar con tus padres.

–Mi madre no está ahora en casa –dije.

El joven líder se apoyó las manos en el cinturón.

–Te has metido en un buen lío –me dijo.

Abrí más la puerta, les pedí que entrasen y nos sentamos en la cocina.

–Tienes que presentarte al servicio o tendré que llevarte a la comisaría –dijo el policía.

–He estado enfermo. No tengo suficientes glóbulos rojos –le espeté recordando las palabras de mi abuela y esperando que aquella explicación les calmara un poco.

–Tienes que traernos un justificante del médico –dijo el joven líder, un poco desconcertado–. Mientras tanto, espero verte el próximo domingo. Tenemos que practicar para el gran desfile.

–Dile a tu madre que me llame a la comisaría –añadió el policía–. Es importante.

Le di el mensaje y al día siguiente mi madre llamó a la comisaría de policía. Le dijeron que era responsabilidad suya que su hijo se presentase al servicio por la patria. Era la ley y tenía que cumplirla, como todos.

Mi madre me dijo que pensaba que era absurdo que un niño de 10 años tuviera esas obligaciones para con la patria pero también que era mejor seguirle el juego a aquella gente tan rara.

Aquel domingo, otra vez vestido de uniforme, llegué al patio del colegio y me uní al grupo. Teníamos que marchar arriba y abajo, a derecha, a izquierda y otra vez; en grupos de dos, tres, cuatro y todo el rato cantando. Esa vez, antes de descansar, teníamos que ponernos firmes y cantar el himno nacional alemán y el “Horst Wessel”, una canción tan larga que se me empezó a caer el brazo derecho y tuve que sujetármelo con la mano izquierda.

Al domingo siguiente tuvimos que ir a un edificio muy grande en el que había un campo de tiro. Nos dieron un fusil a cada uno y nos ordenaron disparar a las dianas. Para mi sorpresa, el líder del grupo vino corriendo hacia mí, sonriendo, con la diana en las manos.

–¡Has hecho diana todas las veces! –gritó enseñándome el cartón, que tenía seis disparos justo en el centro–. Venga, hazlo otra vez. Voy a ponerte otro cartón –dijo.

Así que disparé otra vez, con el mismo resultado. Los otros chicos me felicitaron y llamaron al instructor, un joven líder hitleriano un poco más mayor que nosotros. Examinó el cartón y anunció:

–Estarás en el próximo torneo.

Luego, se volvió hacia mí y dijo:

–Serías un buen francotirador. Debes unirme a la unidad especial.

Todos me miraron con admiración. El instructor se volvió hacia líder de nuestro grupo.

–Tráelo el miércoles –le dijo.

“Ahora sí que estoy en un lío”, pensé. “¿Cómo voy a librarme de esto?”. Lo último que quería era unirme al servicio militar. Odiaba disparar, desfilas y llevar uniforme.

Había un pequeño cine de camino a casa y a veces iba a ver una película por la tarde. El cine, como otros muchos, echaba el noticiario después de la película así que, si querías, podías irte al acabar esta. Eso me iba bien porque no me gustaba ver el noticiario, los interminables desfiles, los disparos y al Líder siempre gritando. Algunas de las películas que veía eran muy divertidas. Una vez hasta me caí de la silla de la risa. Me encantaban Laurel y Hardy (en alemán les llamábamos “el Feo y el Tonto”) y adoraba la película de Charlie Chaplin *La quimera del oro*.

A su manera, a pesar de parecer torpe e inútil, Chaplin siempre encontraba la forma de salir airoso y vencer a sus enemigos, aunque estuviera solo. En el pasillo que llevaba a nuestro piso había un espejo por toda la pared. Solía practicar las caras de Buster Keaton. Me colocaba delante del espejo con una cara inexpresiva e intentaba aguantarla durante cinco minutos. También intentaba copiar aquella forma de andar tan torpe de Chaplin y la mirada perpleja de Stan Laurel. Pensaba que igual podría convertirme en payaso cuando fuera mayor. En cualquier caso, el día anterior a lo que iba a ser mi desastroso debut como francotirador, llamé a mi tía. Le conté que no quería estar en aquella unidad y le pregunté qué podía hacer. Me contestó:

–¿Qué desayunaste el domingo pasado?

–Creo que nada –le dije.

–Cariño, entonces lo que pasó es que estabas demasiado ansioso y muy activo – me explicó–. El miércoles por la mañana, antes de irte, tómate un buen desayuno: cuatro huevos duros, mucho pan con mantequilla y jamón, y mucha leche caliente. Ponle a la leche un poco de chocolate. Eso te hará sentir muy pesado y lo arreglará todo. Buena suerte.

El miércoles por la mañana, cuando mi madre vio cómo me atiborraba no daba crédito. Para asegurarme, me comí seis huevos duros y media barra de pan. Acabé tan lleno que apenas podía meterme en el uniforme. Cuando llegué al campo de tiro con nuestro líder de grupo, ya había allí un puñado de chicos más mayores, disparando a los cartones. Iban todos vestidos con el uniforme de las juventudes hitlerianas. Puse mi cara de Buster Keaton, cosa que no me resultó muy difícil,

porque empezaba a encontrarme un poco mareado con tanta comida en el estómago. El instructor me vio y vino hacia nosotros.

–¡Aquí está nuestro tirador de primera! –dijo, estirándome del brazo por todo el campo de tiro–. Ven, enséñales a todos cómo se dispara.

Hablaba muy alto para que todo el mundo pudiera oírle.

Todos se apartaron para hacerme sitio y me puse en posición de tiro, pero no estaba nada cómodo, tenía el estómago a punto de estallar. Pusieron un cartón nuevo en la caja. Había un silencio sepulcral. Esperé tanto rato como pude y luego apreté el gatillo seis veces seguidas. El instructor dio una zancada perfecta, se acercó al cartón, lo miró y lo sacó de la caja. Permaneció un rato de espaldas a nosotros, sin moverse. Todos seguían callados. Entonces, se volvió. Estaba furioso.

–Tiene que ser un error –dijo mirándome fijamente a los ojos mientras venía hacia mí.

Yo estaba muerto de miedo. Puse la mirada perpleja de Laurel.

El instructor rompió el cartón y le gritó a uno de los chicos:

–¡Pon otro!

Luego, se giró y pegó su cara a la mía.

–Más te vale hacerlo bien esta vez –me dijo.

En aquel momento yo ya estaba temblando y me dolía mucho el estómago, pero disparé de nuevo e hice una diana. Los otros cinco disparos dieron en el cartón pero no eran ni de lejos como para echar cohetes. Así que, después de aguantar que me gritaran y me humillaran, me volví a casa la mar de contento. Después de todo, no tendría que unirme a la unidad de francotiradores.

Aquel año, al cabo de unos meses, descubrí a mi nuevo héroe en el libro de Karl May *Winnetou*, jefe de la tribu Apache Mescalero. *Winnetou* y el hombre blanco, el viejo Shatterhand, se convirtieron en hermanos de sangre durante los enfrentamientos americanos entre los invasores blancos y los habitantes del salvaje oeste. Era una historia sobre los derechos de la gente, la paz, el honor y la camaradería, y su filosofía me causó una gran impresión. En las películas americanas, los indios siempre perdían y eran representados como seres retorcidos y mentirosos. Me dio mucha pena. No puedes creerte todo lo que ves en el cine.

Tenía solo 10 años pero era totalmente consciente de cómo todo el mundo a mi alrededor se ponía nervioso cuando se mencionaba al Líder. Poco a poco, las



garras del régimen nazi parecían volverse más y más opresivas. Había leyes más estrictas sobre lo que la gente podía o no podía hacer. Me di cuenta de que mi madre y sus amigos a veces hablaban susurrando cuando discutían sobre la situación del país.

En la cuarta planta de nuestro edificio vivían los Schultze, Frau Schultze y su marido. La mayoría de tardes y noches, Frau Schultze trabajaba de acomodadora en el cine Universum, en la parte más céntrica del Ku'damm, pero una vez a la semana venía, nos hacía la colada y nos limpiaba el piso. Los días que venía me lo pasaba muy bien con ella. Se asustaba con facilidad y a veces yo saltaba desde detrás del sofá para darle un susto. Me divertía ver cómo se alejaba corriendo dando grititos de pánico, aunque la mayoría de veces volvía partiéndose de risa. Se sabía de memoria todas las películas románticas y a veces se las apañaba para colarme en el cine, donde también ponían alguna película del oeste.

En casa, era yo quien se encargaba de subir por las escaleras hasta la cuarta planta para recoger la colada y a veces me encontraba a Herr Schultze tocando el acordeón. Herr Schultze me caía bien, aunque nunca hablaba demasiado. Por las mañanas, le veía irse a trabajar con un viejo maletín bajo el brazo, pero por la noche, cuando teníamos que bajar al refugio antiaéreo, que era una parte del sótano de nuestro edificio que habían reforzado, él nos entretenía con un montón de canciones nuevas. Todo el mundo cantaba con él. Todos los vecinos del \*hinterhof se sentaban juntos en aquella pequeña habitación con una caja de cerveza. Me bebí mi primera cerveza en aquel sótano. Me puse un poco piripi, empecé a imitar a Charles Chaplin y todo el mundo se rió.

En 1942, los ataques aéreos se incrementaron y se volvieron más intensos. Cuando el fuego antiaéreo estaba cerca y se oía más fuerte, podíamos oír incluso el silbido de las bombas, agudo, punzante y estridente. Aprendí que cuando las bombas hacían ese ruido, habían caído lejos y cuando se oía un chirrido muy corto, a veces imperceptible, pero ensordecedor, habían caído más cerca. Después, todo empezaba a temblar. Una vez se produjo un estruendo terrible y se fue la luz. Nos sentamos a oscuras mientras el ruido de las bombas se volvía más y más fuerte. Herr Schultze encendió una vela y cuando vi todas aquellas caras asustadas a mi alrededor empecé a tener miedo. ¿Y si nos quedábamos todos enterrados bajo aquel edificio? Pero después de un rato, el ruido cesó poco a poco y finalmente las sirenas anunciaron que había luz verde.

Todavía iba cada domingo al Jungvolk, donde hacíamos deporte y, por supuesto, aquellos interminables desfiles. Yo siempre confundía la izquierda con la derecha cuando desfilábamos y fastidiaba al grupo, que quería conseguir ser el primer pelotón en el gran desfile que se iba a celebrar pronto delante de los líderes nazis. Cuando llegó el gran día, yo me fui a llevar la colada a casa de Frau Schultze, a la cuarta planta. Arriba del todo del montón de ropa sucia estaban las camisas marrones y los calcetines grises de mi uniforme, con lo que cuando llegué a la reunión previa al gran desfile yo llevaba calcetines rojos y una blusa de colores de mi madre. ¡Menuda se armó! Todos los chicos se reían y el Jungzugführer se puso histérico. Avisaron al Hauptjungzugführer, que me gritó hasta ponerse rojo. Con mi cara de Buster Keaton, farfullé algo sobre la colada y sobre que todo estaba sucio. Mi castigo fue prohibirme desfilas delante de los líderes. No volví durante algunas semanas y, al final, convencí a mi tía para que les escribiera una carta diciendo que tenía que irme a Turingia una temporada con mis abuelos porque no me encontraba bien.

Más tarde, durante las vacaciones de verano, me fui de verdad a pasar una temporada con los abuelos. Vivían en Mühlhausen, una pequeña localidad de origen medieval a 300 kilómetros al sudoeste de Berlín. Estaba rodeada por una muralla defensiva con torres de vigilancia y puertas que protegían el centro. Las calles, muy estrechas, estaban empedradas y las casitas, de siglo XIV, tenían puertas y ventanas diminutas. En el sótano del ayuntamiento había una cámara de tortura que contenía máquinas macabras, como un extensor de madera que rompía a la gente por la mitad o ataúdes con estacas afiladas. Recuerdo que me preguntaba para qué una ciudad tan pequeña con iglesias tan espléndidas que casi parecían catedrales necesitaba una cámara de tortura.

Mis abuelos –Gretchen y Heinrich– vivían en las afueras de la ciudad, en un piso que estaba encima de una panadería. Parecía bastante grande pero nunca conseguí explorarlo del todo porque la mayoría de las puertas estaban siempre cerradas con llave. La abuela guardaba las llaves en un cinturón que llevaba colgando alrededor de la cintura. Pasábamos la mayoría del tiempo en la cocina, donde cocinábamos en un enorme horno de leña. Allí comíamos y hacíamos vida durante todo el día. Había un mueble pequeño de linóleo junto a la puerta que daba a la calle y allí dejábamos los zapatos al entrar y nos poníamos las zapatillas de ir por casa. En la cocina, junto a la puerta, había un grifo y un barreño de metal.

Debajo del barreño había un cubo en el que el abuelo y yo teníamos que hacer pis. La abuela usaba el lavabo que había bajo la escalera, fuera del piso. Me encargaron la tarea de vaciar el cubo una vez al día. Al lado de la cocina estaba la habitación. Tenía dos camas grandes con edredones de plumas muy gruesos, una a cada lado de la ventana. La abuela dormía en una cama y yo tenía que dormir con el abuelo en la otra, lo cual no era nada cómodo porque el abuelo hacía mucho ruido durmiendo y roncaba muy fuerte. Mühlhausen estaba situado en un valle y recuerdo que por las noches había unas tormentas eléctricas tremendas, de rayos centelleantes y unos truenos terribles. Durante las tormentas, veía a la abuela pasearse arriba y abajo con una vela encendida en la mano. Iba de la habitación a la cocina y volvía, una y otra vez, vestida con su largo camisón blanco y su pelo blanco cayéndole en la cara bajo la luz de la vela. Parecía un fantasma. Mientras paseaba, todo el rato murmuraba:

–¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué nos castigas? Perdona nuestros pecados, Señor, Padre Nuestro.

El abuelo permanecía impasible a la angustia y el insomnio de la abuela, roncando y ajeno a la tormenta.

Aquellas noches parecían sacadas de una escena de *Frankenstein*, una película que había visto en el cine Universum.

En aquel piso estaba todo cerrado con llave, incluso el armario de la cocina, en el que la abuela guardaba paquetes de tabaco, cigarrillos y más paquetes de tabaco. Al abuelo le encantaba fumar y hacía sus propias mezclas de tabaco, que guardaba en una cajita. Mezclaba los Rosebud con tabaco de pipa y hojas que él mismo recogía del bosque y que secaba, colocándolas ordenadamente encima de papel de periódico en una esquina de la habitación. En días especiales, como los domingos, la abuela le daba un par de cigarrillos. Él siempre protestaba y decía que habían estado guardados demasiado tiempo y que se habían secado. Luego, llegaba la discusión de siempre:

–¿Por qué tienes que guardarme el tabaco? –le decía a la abuela–. Parece que lleven años guardados.

–No seas avaricioso –le replicaba la abuela.

Y señalando con el dedo índice hacia el cielo decía:

–La avaricia es pecado.

Los domingos, la abuela nos hacía ir a la iglesia, aunque ella no iba. El abuelo tenía que ponerse su mejor traje, camisa y corbata, y yo tenía que ir bien vestido. La iglesia estaba a la otra punta de la ciudad y nos costaba media hora llegar allí andando por la muralla. Normalmente, cuando llegábamos el servicio ya había empezado. Echábamos un vistazo dentro para ver quién lo estaba ordenando y así poder contárselo a la abuela. Luego, nos íbamos al pub más cercano, donde Heinrich se tomaba una cerveza y fumaba, y yo me tomaba una bebida de malta sin alcohol. Volvíamos andando y llegábamos a la hora de comer, satisfechos de que Gretchen no supiera que en realidad no habíamos ido al servicio. Nuestros devotos vecinos católicos siempre la informaban de quién había ofrecido el sermón.

Por lo general, la comida consistía en un estofado de guisantes con manitas de cerdo que Heinrich había preparado el día anterior, ya que era él el que se encargaba de cocinar siempre. Durante la comida y después de ella yo tenía que sentarme en un banquito de la cocina e intentar no mancharme la ropa mientras Gretchen se arreglaba para salir. Cuando estábamos todos listos, nos íbamos y despacio, al paso de la abuela, andábamos durante casi una hora para ir a ver a mi tía y a mis primos a su restaurante, que estaba junto a la carnicería.

Durante el paseo, de vez en cuando teníamos que pararnos porque nos encontrábamos con alguien a quien Gretchen conocía. Con lágrimas en los ojos, ella lloriqueaba y se quejaba del colon, los glóbulos rojos (que tenía pocos) y el hígado; y le contaba a su conocido lo que había dicho el médico al respecto.

El restaurante pertenecía a la madre de mi tía Irmgard. Irmgard se había casado con el hermano de mi madre, Josef, y tenían tres hijos: mis primos Wolfgang, que tenía 10 años; Erfried, de 9, y el pequeño Karin, que tenía 4 años. Wolfgang era loco y asalvajado. Un día, vino el carro de la cerveza a entregar un pedido. Se bajaron unos hombres con delantales de piel, descargaron los barriles y los empujaron haciéndolos rodar por el suelo hasta el sótano. Wolfgang desenganchó a los caballos del carruaje. Eran dos caballos enormes. Saltó encima de uno de ellos y se fue galopando calle abajo, gritando, riéndose y con el otro caballo corriendo detrás de él. Pensé que se había vuelto loco. Se armó un follón tremendo. Irmgard, su madre, y los dos repartidores, aún con los delantales de piel puestos, se fueron corriendo calle abajo intentando alcanzarles. Al final, lo consiguieron y llevaron a Wolfgang al restaurante. Cuando llegaron, rompió a llorar y a berrear como un

loco. Llevaba la cara empapada en lágrimas. Pero en cuanto mi tía lo soltó, salió disparado por el pasillo, se volvió y levantó los brazos gritándonos a todos con gesto burlón. Luego, desapareció por la puerta. Ese tipo de escenas se repetían cada domingo. Wolfgang siempre estaba tramando alguna locura.

Un día estaba ayudando a la abuela a hacer la colada. Me senté en el suelo de la despensa con un plato de metal, cogí un poco de jabón humedecido y empecé a frotar los calcetines y la ropa interior mientras Gretchen permanecía de pie a mi lado dándome órdenes. La despensa era bastante grande. Había varios botes de mermelada y botellas de zumo dispuestas en las estanterías, así como un montón de salamis y un jamón colgando de una esquina. Daban la impresión de llevar varios años allí colgados porque estaban muy secos. Intenté convencer Gretchen para que me enseñase lo que había detrás de una de las puertas cerradas con llave y, al final, a regañadientes, accedió.

–Pero no puedes tocar nada –me dijo.

Me quedé detrás de ella mientras abría la primera puerta.

–Quédate donde están los periódicos –me ordenó.

Era una habitación muy grande, con cortinas en las ventanas. Dentro había un armario enorme con unas ventanitas de marquetería talladas, un sofá y una mesa cubierta con un mantel de encaje. Había un montón de figuritas de porcelana por todas partes, algunos candelabros, y una vitrina llena de platos y vasos con grabados. En el suelo, marcando el camino hasta otra puerta con ventanas, había colocadas diversas hojas de papel de periódico. Seguí a Gretchen, andando con cuidado por encima de ellas. Gretchen abrió las puertas del armario y vi un montón de trajes colgados y un abrigo de piel que desprendía un fuerte olor a naftalina.

–Son los trajes del abuelo y este es mi abrigo de piel –dijo la abuela muy orgullosa.

Anduve hasta la siguiente puerta y miré por la ventanita. Al otro lado había una habitación de verano con un montón de ventanas, decorada con una mesa y sillas de bambú. Incluso había una mecedora. Sobre la mesa había un juego de té de porcelana compuesto por tazas, platos, y tenedores y cucharas pequeños. Estaba a punto de coger uno cuando la abuela me detuvo.

–¡No, para! ¡Nadie entra en mi habitación de verano! –me dijo–. Y quédate encima de los periódicos. No quiero tener que volver a encerar el suelo.

–¿Por qué no usamos estas habitaciones? –pregunté.

–Porque se ensuciarían –dijo.

Dudó un momento y luego volvió a echar mano del cinturón donde llevaba las llaves. Cogió una y abrió otra puerta. Me quedé con la boca abierta. Al otro lado había otra habitación casi vacía. También allí había papeles de periódico esparcidos por todo el suelo. Nunca supe de dónde los habían sacado porque nunca vi a los abuelos comprar o leer el periódico. En realidad, en aquella casa no había ni siquiera libros, excepto la Biblia, que tampoco les vi leer nunca. En un lado de la habitación vi cientos de huevos dispuestos en filas en el suelo. Cada huevo llevaba escrita una fecha. En el otro lado había filas de manzanas. El único mueble que había en la habitación era un arcón de madera en una esquina.

–¿Qué hay ahí dentro? –pregunté.

Gretchen se dirigió al arcón y miré por encima de su hombro a ver si averiguaba qué había.

–Algún día, todo esto será tuyo –dijo.

Dentro del arcón había montones y montones de billetes de marcos alemanes por valor de cientos de millones, quizá miles de millones. El arcón estaba lleno hasta arriba. Había oído hablar de la crisis económica de los años 20, una época en la que una barra de pan te costaba un millón de marcos, pero nunca me habría imaginado que pudieran existir tantos billetes.

–Eso no vale nada –dije.

–Pero lo valdrá. Algún día lo valdrá –contestó Gretchen.

Heinrich era cartero. Creo que era cartero porque llevaba un elegante uniforme azul con una gorra y en las solapas de la chaqueta llevaba un escudo bordado de terciopelo con cuatro estrellitas de oro, lo cual le hacía parecer muy importante. Sin embargo, cuando volvía de trabajar, siempre se cambiaba y se ponía la chaqueta de su antiguo uniforme. A veces, Heinrich me llevaba a un bosque cercano y recogíamos fresas. Un día que hacía mucho sol íbamos de camino al bosque y pasamos junto a unos campos de maíz. Cruzamos un pequeño arrollo con el agua tan clara que podías ver a los peces nadando. Caminamos un rato por la orilla. Había manzanos a cada lado. Heinrich cogió unas manzanas y nos sentamos en un banquito que miraba al valle por un lado y al bosque por el otro.

Había una piedra muy grande cerca del banco con alguna cosa escrita pero había crecido moho por encima. Le pregunté a Heinrich qué ponía y me dijo que una persona que él conocía bien se había disparado a sí misma allí, en aquel banquito. Estaba a punto de contarme aquella historia pero le interrumpí para preguntarle por su cicatriz, porque imaginaba que detrás de aquella marca había alguna historia novelesca con espadas y todo eso.

–Bueno –dijo Heinrich–, en 1915 estuve en la infantería y luché en primera línea, en Francia. Una noche me enviaron a hacer la ronda con otros dos hombres para ver qué estaban tramando los franceses. Aquella noche estaba muy oscuro y tuvimos que atravesar andando una arboleda muy densa para aproximarnos a lo que nos habían dicho que era un pueblo francés abandonado. De pronto, oímos voces, uno de mis hombres tropezó en una pendiente y al caerse hizo mucho ruido. Se oyó un disparo y entonces estalló todo. Empezaron a llegar disparos por todas partes. Una bala me alcanzó y me dio en la cara. Eso fue lo que causó la cicatriz que ves ahora. A los dos hombres que iban conmigo los mataron. Fue un momento terrible. Yo estaba en el suelo tendido al lado de aquellos dos camaradas muertos. Les susurraba pero no me contestaban. Entonces supe que habían muerto. No podía hacer nada, así que me quedé tirado donde estaba, sin moverme, durante lo que me parecieron años. Al cabo de un rato, oí algunas voces que susurraban, algo se estrelló contra algo y vi un destello de luz cerca de donde yo estaba. Olía como a tabaco muy fuerte. Fuera quien fuera, debían estar muy cerca de donde yo estaba.

En cualquier momento, los franceses podían dar conmigo. Empecé a pensar que no podía quedarme allí sin hacer nada, así que me levanté y grité: “Vive la France!”. No te lo creerás pero en el momento en el que grité “Vive la France!”, los soldados franceses que estaban a mi alrededor empezaron a gritar también “Vive la France!”, así que simplemente tuve que echar a andar y volví a mi unidad. Y así es como me hice la cicatriz.

Todavía recuerdo el brillo en los ojos del abuelo cuando me contaba aquel golpe de suerte. Pensé en la increíble historia del barón de Munchausen, que dicen que saltó de una bala de cañón mientras se disparaba para inspeccionar la posición del enemigo y luego saltó a otra que venía del arma enemiga y volvió encima de ella para informar a sus generales.

Después de estar allí sentados un rato, Heinrich y yo nos levantamos del banquito y caminamos un rato. El bosque era denso pero antes de adentrarte en él había un cortafuegos amplio con hierba, y arbustos en los que crecían moras y fresas. Heinrich cogió su viejo maletín y sacó una botella de leche vacía. Me la pasó y me dijo:

–Llénala.

Las fresas eran muy pequeñas pero sabían mucho mejor que las grandes que comprábamos en las tiendas. Otro día que salimos a pasear juntos nos topamos con un jabalí que se fue corriendo hacia la parte cerrada del bosque. Llenamos las botellas y volvimos a casa.

Cuando Heinrich volvía de su ruta semanal por las oficinas de correos del distrito, siempre nos traía regalos que le daban los granjeros, como salamis, huevos, leche, beicon y demás. Una vez recuerdo que trajo un pollo recién sacrificado. Lo llevamos al sótano. El sótano estaba dividido en varios cuartos separados por tabiques de madera. Cada vecino del edificio tenía un cuarto en el que podía almacenar carbón o patatas para el invierno. Heinrich se sentó en un taburete y se dispuso a desplumar el pollo. Me aburría aquello así que me fui a la calle. Me encontré con nuestra vecina, la señora Raguse, que corría calle abajo. Era una mujer muy grande y gorda, y llevaba un chal en la cabeza y un delantal de flores. Llevaba las zapatillas de ir por casa y corría de forma muy divertida, intentando no perderlas. Delante de ella iban corriendo un montón de pollos que en ese momento estaban girando la esquina. Uno de ellos pasó por delante de mí, se coló por la entrada en nuestro edificio y bajó los escalones hasta el sótano. La señora Raguse iba justo detrás de él y bajó torpemente los escalones persiguiéndolo a toda prisa. La seguí y, cuando entraba en el sótano, empecé a escuchar gritos y chillidos procedentes del cuarto de mis abuelos.

–¡Ladrón! ¡Voy a denunciarle a la policía! –gritaba la señora Raguse.

Heinrich todavía estaba sentado en su taburete con un pollo desplumado en la mano. Había plumas por todas partes, incluso por encima de él mismo y de la señora Raguse, que tiraba de una de las patas del pollo intentando quitárselo al abuelo, el cual, a su vez, estiraba obstinadamente del animal.

–¡Mujer estúpida! ¡Váyase de mi sótano! –bramaba mientras intentaba tenazmente quedarse con su pollo.



Lo siguiente que vi fue al pollo de la señora Raguse salir de otro de los cuartos del sótano. Echó un vistazo rápido y alocado a aquella situación y empezó a correr escalones arriba para salir del sótano.

–¡Allí está su pollo! –grité tan alto como pude, señalando hacia las escaleras.

Durante un momento, la señora Raguse dejó de intentar robarle el pollo a Heinrich. Miró al que huía escaleras arriba y luego volvió a centrarse en el que estaba ya medio hecho pedazos entre sus manos. Entonces se dio cuenta de lo que había pasado: ni el mayor experto del mundo en desplumar pollos podría haberlo hecho tan rápido como se supone que lo había hecho Heinrich. Lanzó un improperio, dejó ir el pollo bruscamente y salió corriendo del sótano mientras Heinrich, exhausto, se desplomaba en el taburete. Vi cómo miraba con tristeza su pollo, convertido ahora era una masa de restos que reposaba en su regazo. La historia se convirtió en la comidilla de la ciudad.

Aunque me divertía estar con los abuelos, me alegré de poder volver a Berlín cuando llegó el momento de regresar a casa. Conforme subía por el Ku'damm, vi que delante del edificio de nuestro apartamento había una tienda nueva, en vez de la antigua lampistería. Ahora había una tienda que vendía uniformes. Las dos paredes que había a ambos lados de la entrada de la tienda estaban repletos de eslóganes pintados de negro, algo sobre los “Juden”, no sé qué de que los judíos no eran bienvenidos en Alemania, de que eran gente mala y que no eran de fiar. Me quedé mirando el escaparate, en el que había un maniquí con un uniforme marrón. Conforme me acercaba, me asaltó un recuerdo que pensaba que había olvidado hacía tiempo. Cuando vivíamos en la calle Berliner, mucho tiempo atrás, había una frutería en la esquina. El dueño era un hombre muy amable, y tenía un perro muy grande y peludo. El perro y yo nos hicimos amigos y jugábamos juntos muchas veces.

El dueño de la tienda solía darme una manzana buenísima de su jardín cada vez que me pasaba por el local. Una tarde, yo estaba jugando con el perro y entró en la tienda un hombre. Creo que era el hermano del dueño. Me preguntó si quería ir con ellos, que estaban pasando muchas cosas, así que el perro y yo nos sentamos en la parte de atrás del coche, y el dueño y su hermano, delante.

Para ser sincero, no sé por qué me llevaron con ellos, pero lo que vi mientras atravesábamos la ciudad en coche fue lo que me recordó aquel maniquí con el uniforme que había en el escaparate que estaba mirando ahora. Desde el coche

vimos a muchos hombres con camisas marrones rompiendo puertas y destrozando escaparates. Les vi sacando a rastras a hombres mayores de sus tiendas y golpeándoles con saña. En todas las paredes estaba escrita la palabra “Juden” con letras grandes. Recuerdo que pasamos por delante de muchos edificios en llamas. Uno de ellos era una sinagoga y vi cómo sacaban a la gente de allí a rastras y, mientras lloraban y gritaban, los empujaban al interior de unos camiones: gente mayor, niños, adolescentes y mujeres. Aquella visión era aterradora.

Mi madre estaba en casa cuando volví. Había un amigo allí con ella que se llamaba Karl Hellmer. Trabajaba con ella en el teatro y el cine, y ya le había visto antes. Era vienés y hablaba alemán con un acento austríaco muy divertido. Mi madre dijo:

–Ve a la cocina a mirar lo que te ha traído Karl.

Así que me fui a la cocina y allí estaba la antigua bicicleta de Karl.

No entendía por qué me la regalaba y entonces, con voz muy triste, me dijo que ya no la iba a necesitar porque volvía a Viena para hacer una película en la que él iba a ser el protagonista. Dijo que no regresaría a Berlín durante una buena temporada, así que le di las gracias. Estaba muy contento, aunque la bicicleta necesitaba algunas reparaciones. Cuando Karl se fue, le pedí dinero a mi madre para arreglarla y me fui a la tienda de bicis que había cerca de nuestra casa para comprar todo lo que necesitaba para arreglarla. Le pinté el cuadro de azul y amarillo, y le puse un guardabarros plateado. Cambié la cadena, las cámaras de las ruedas y los frenos. Cuando acabé, me di un paseo por el Ku’damm y me sentía como un rey.

Había cambiado de colegio y ahora iba al Grunewald Gymnasium, que me parecía muy aburrido porque la mayoría de profesores eran jubilados. Los jóvenes se habían ido a luchar a la guerra.

Algunos de nuestros profesores eran un poco excéntricos, por llamarles de alguna manera. Uno tenía un ojo de cristal que le daba una expresión bastante curiosa. Se paseaba por toda la clase haciéndonos dictados. Cogía un pañuelo y se lo sujetaba con una mano delante del ojo de cristal. Luego, se golpeaba la parte de atrás de la cabeza con la otra mano y, con ello, el ojo de cristal saltaba de la cuenca al pañuelo. Luego lo limpiaba bien y después volvía a colocárselo en la cuenca del ojo. Aquel espectáculo nos dejaba a todos embelesados. De todas las clases, la que

más me gustaba era la de inglés. Nuestro profesor llevaba siempre pantalones de golf y una chaqueta de tweed marrón. Lo mejor de todo era que cuando entraba en la clase nos decía:

–Buenos días, caballeros.

El resto de profesores entraban, levantaban el brazo derecho y nos saludaban con el “Heil, Hitler!”.

No volví al Jungvolk. Creo que se habían olvidado de mí, especialmente desde que había empezado a ir a otro colegio, así que tenía otros amigos. Por esa época leía una barbaridad. Me topé con un libro muy interesante en la estantería de mi madre: *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, que me atrapó enseguida. El libro iba sobre las estupideces de la guerra, las cosas tan espantosas que le suceden a la gente y cómo afecta a los pueblos. Me impresionó muchísimo, especialmente porque los bombardeos sobre Berlín se habían intensificado y se producían tanto de día como de noche.

Recuerdo que un día mi madre y yo estábamos sentados al sol en la terraza de una cafetería. Había un montón de gente, incluso soldados. Los camareros corrían arriba y abajo llevando cafés, helados y tartas. De repente, vi que Klaus venía hacia nosotros esquivando las mesas. Me pareció que estaba mucho más delgado y triste, a diferencia de cuando volvió de haber estado en París. Se sentó al lado de mi madre y la miró fijamente, hablándole en voz muy baja. Mi madre parecía afligida. Oí cómo le decía:

–Lo entiendo, pero tranquilo.

Luego, Klaus se levantó y se fue. Me hizo un gesto con la cabeza y, cuando ya se iba, se giró y dijo:

–Vuelvo al frente.

Más tarde, en casa, escuché a mi madre hablar con Anita por teléfono. Klaus había combatido en Rusia, donde le habían disparado y había perdido su virilidad, así que había decidido volver al frente, sintiendo que ya nada importaba.

Los ataques aéreos continuaban y las bombas alcanzaron muchos de los edificios situados junto al nuestro, los cuales quedaron totalmente destrozados, convertidos solo en un montón de restos carbonizados.

Aquellos días siempre dejábamos la radio encendida por la noche, sintonizada en una emisora que emitía un sonido parecido al de un reloj despertador: “tic, tac, tic, tac”. Yo dormía en la habitación principal, en el sofá, y mi madre, en la cama,

así siempre nos despertábamos a tiempo. Cuando, repentinamente, el “tic, tac” de la radio se detenía, nos despertábamos y un locutor daba un informe sobre los aviones enemigos que estaban cruzando el Canal de la Mancha. Veinte minutos después, el locutor decía cuántos aviones había sobrevolando Hannover-Brunswick hacia Berlín. Esa era la señal de que teníamos que levantarnos e irnos rápidamente al refugio antiaéreo.

Cada vez era más difícil conseguir comida y, como todos, yo siempre tenía hambre. Había escasez de carne, mantequilla y azúcar, y el administrador de la finca nos daba cartillas de racionamiento una vez al mes. Vivía al girar la esquina, en un pisito lleno de propaganda y, si querías tu cartilla de racionamiento, tenías que ser amable con él. Era un hombre muy corpulento, llevaba el pelo muy corto y vestía una especie de uniforme nazi. Siempre que entraba allí gritaba “Heil, Hitler!” y luego me miraba muy serio. Obviamente, esperaba que yo le saludara de la misma forma pero yo solo murmuraba algo así como “Hi, Hit”. Siempre que iba a su piso me preguntaba si cumplía con mis obligaciones en el Jungvolk y me decía que tenía que ayudar a recoger ropa de abrigo para los soldados alemanes que combatían por nosotros en Rusia. Luego, me daba nuestra cartilla de racionamiento. La cartilla llevaba unos cuadraditos, cada uno con un número. De vez en cuando, hacían un anuncio sobre el valor de compra de aquellos números. Así, un cuadradito equivalía, por ejemplo, a 100 gramos de carne y otros 50 gramos de grasa o azúcar. Sin embargo, permitieran lo que permitieran comprar, nunca era suficiente como para aguantar un mes entero.

Un día, un amigo de mi madre, Heinz Seidler, que era campeón de boxeo, vino con una perra. Le preguntó a mi madre si podía cuidar de ella porque el Waffen SS le había llamado a filas y no sabía a dónde le destinarían ni durante cuánto tiempo.

–¿Y tú mujer? ¿Por qué no se queda ella con la perra? –le preguntó mi madre.

Heinz bajó la voz y dijo que su mujer había tenido problemas con las autoridades y no la había vuelto a ver. Su mujer era polaca y la habían relacionado con un grupo antinazi.

Mi madre accedió a quedarse con la perra, que era una galga afgana con el increíble nombre de Cosima von der Windburg. Cosima estaba muy delgada, y tenía el pelo largo y rubio. Conquistó nuestro sofá sin ningún problema y, rápidamente, se sintió como en casa. De hecho, parecía como si toda la casa le perteneciese. Yo pensaba que era la perra más tonta que había visto nunca. Se

sentaba sin hacer nada y miraba a través de mí, como si no existiera. Los días siguientes intenté hacerme amigo de la rubia. Me di cuenta de que, a diferencia de otros perros, ella nunca movía el rabo. Simplemente se ponía tiesa y el pelo se le movía como si fuera una bandera. Intenté jugar a la pelota con ella pero aquello no le interesaba. Al final, un día saqué mi pijama, le puse el pantalón con la abertura hacia atrás para que pudiera sacar el rabo y la camisa por delante. Luego le puse un sombrero en la cabeza y unas gafas. Cosima siguió allí sentada. No movía el rabo, nada. Saqué mi pequeña cámara Kodak Retina de 35 mm y le hice una foto. Aquello pareció ponerla contenta. Movi6 la cola por primera vez. Al día siguiente, mi madre, vestida con su abrigo de piel y tacones, sac6 a Cosima a pasear por el Ku'damm. Todo el mundo las miraba. A mí me parecían unas tontas y aquello me record6 otra historia sobre perros.

Había un entrenador de tigres que se llamaba Togare. Un día, mi madre y yo fuimos a los estudios de cine Babelsberg, donde ella trabajaba de vez en cuando. Allí nos encontramos a Togare, de pie en una caja circular rodeado de 10 tigres de Bengala que parecían enfadadísimos. Llevaba dos pendientes dorados con forma de aro del tamaño de las arandelas que se utilizan para colgar las cortinas y su radiante sonrisa dejaba entrever unos dientes muy blancos. Llevaba el torso desnudo, unos pantalones bombachos de seda de muchos colores y una daga pequeña y curva en el cinturón. Sus antebrazos y sus muñecas estaban cubiertos de brazaletes dorados y llevaba un turbante amarillo en la cabeza. En la mano sostenía un látigo muy largo que agitaba de tanto en tanto. Todavía tengo una foto de Togare firmada por él y dedicada a mi madre, con amor. Luego le pusieron una piel de tigre a un San Bernardo muy simpático. Se suponía que el "tigre" tenía que luchar con Togare. Me quedé allí con mi madre mirando mientras intentaban rodar aquella escena una y otra vez. Al perro no paraba de caérsele la piel de tigre y finalmente se la quitó y la hizo añicos. Al final, lo dejaron. Mi madre me dijo:

–Togare es maravilloso.

No le contesté. Luego me dijo:

–Me ha dicho que Adolf Hitler es un gran hombre.

No podía creer lo que estaba escuchando. Me quedé petrificado.

En casa teníamos una radio muy grande y moderna que sintonizaba emisoras tanto de onda corta como de onda larga. A veces, cuando me aburría, la escuchaba. Cuando me ponía la onda corta, encontraba algunas emisoras en otros

idiomas. Entre ellas estaba la Voz de América, que se emitía también en alemán. Hablaban mucho de los nazis y de sus crímenes. Una vez, encontré una emisora que hablaba sobre los campos de concentración de Alemania, donde la gente era asesinada. En otra ocasión, de lejos y con muchas interferencias, pude sintonizar una emisora llamada Atlantiksender, que solo se oía de noche. Tenía que tener mucho cuidado. Una vez mi madre me pilló escuchando una emisora inglesa y se puso furiosa. Me dijo que podíamos meternos en un buen lío si alguien se enteraba porque iba contra la ley escuchar emisoras de radio extranjeras. No me gustaban las emisoras alemanas porque consistían, básicamente, en música de desfiles y la interminable propaganda sobre el victorioso ejército alemán.

Así que en vez de eso me puse a escuchar discos. Teníamos un gramófono de cuerda y cientos de discos que le había regalado a mi madre un amigo que se había ido de Alemania muchos años antes. Escuchaba a Donkey Serenade, Louis Armstrong, Bing Crosby, Zarah Leander, Marlene Dietrich y un montón de canciones de jazz americano. A veces, cuando hacíamos una fiesta, yo me encargaba de poner la música por la noche. Eso me encantaba.

Para seguir leyendo, inicie el  
proceso de compra, click aquí